

Seidy Araya Solano

Universidad Nacional

**EL EXAMEN ETICO DE LA HISTORIA EN
CENIZAS DE IZALCO, DE CLARIBEL ALEGRIA
Y DARWIN J. FLAKOLL**

LETRAS 25-26 (1992)

«La nube grasosa que salía del cono se incendió rojo vivo con cada retumbo. Al día siguiente no salió el sol».

C. Alegría y D. J. Flakoll, *Cenizas de Izalco*

Las páginas siguientes analizan la perspectiva ética presente en *Cenizas de Izalco* de Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll, en particular a propósito de uno de los sucesos sociopolíticos de mayor envergadura en El Salvador, en lo que va del presente siglo: la revuelta campesina de 1932¹.

1. Los interdiscursos epocales

Para la explicación de *Cenizas de Izalco*² es necesario tener en cuenta dos épocas históricas, en su condición de interdiscursos, y el modo cómo la obra establece sus propias coerciones semánticas. Se trata de la rebelión indígena de 1932 en El Salvador, y de la situación actual agudizada a partir de la segunda mitad de los setenta. Ambos períodos, sobre todo el de 1932, han sido categorizados desde varias perspectivas conflictivos, pero la novela supera las contradicciones en un discurso resultado de una formación ideológica contemporánea.

1. Este artículo es una versión del capítulo III del estudio, aún inédito, *El agua y el fuego en Cenizas de Izalco* de Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll, que los autores llevaron a cabo durante 1987, como parte de su trabajo académico en la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica). N.E.

2. Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll, *Cenizas de Izalco* (San Salvador: UCA Editores, 1987).

Sobre el sentido, motivos, alcances y desarrollo de la fallida revolución salvadoreña, es posible identificar varios discursos ideológicos, que constituyen los fenómenos de conciencia generadores de la pluriacentuación del asunto en *Cenizas de Izalco*, y la base para la elaboración de su propia lectura histórica. Los discursos que aparecen en el fenotexto pertenecen a algunos sectores de la sociedad salvadoreña de manera diversa afectados por los acontecimientos del 32 y, además, la microsemiótica del extranjero (el norteamericano) testigo de la lucha.

Cenizas de Izalco es literatura nacida de las ideologías contestatarias de la burguesía intelectual salvadoreña actual, que revisa la historia nacional bajo nuevas luces, y propone una interpretación «no oficial» de un momento particularmente significativo, cuyo recuerdo ha sido hasta hoy manipulado con eficacia por los aparatos ideológicos del estado nacional salvadoreño, y por las posiciones oficiales estadounidenses. La dominación ideológica estatal cohesiona las clases sociales y las fracciones de clase en torno al Estado, y justifica la represión de los movimientos populares, basada, entre otras legitimaciones, en una interpretación de aquellos hechos del 32. Mencionados periódicamente, han servido para catalogar de peligroso el poder contestatario de los sectores populares. En medio de las avanzadas guerrilleras y las organizaciones populares enfrentadas al ejército nacional, entrenado y apoyado por el gobierno norteamericano, la importancia de este argumento en un país en guerra es indiscutible. Del mismo modo, en el plano ideológico se enfrentan diversos proyectos políticos, y el arte es el vehículo que expresa el desarrollo de los sectores de la conciencia colectiva que acompañan el proceso. En *Cenizas de Izalco* domina una actitud contestataria frente a las manipulaciones oficiales de la historia; y de manera flexible y amplia, estimula la solidaridad general en pro de las causas populares tanto del pasado como del presente. El enfoque a propósito de las luchas sociales se hace a partir del respeto a los derechos básicos del ser humano, y no desde rígidas trincheras políticas. La obra fue creada y publicada en una circunstancia que requiere la unión, la actitud de frente amplio, y no la desunión. *Cenizas de Izalco* es una contribución del grupo intelectual que simpatiza con la posibilidad de un cambio estructural y político profundo en El Salvador.

La moderna historiografía acepta la pertinencia de los nuevos esfuer-

zos de análisis de la rebelión del 32. Según Guidos Véjar, aún persisten en la formación social salvadoreña rasgos que provienen del resquebrajamiento social de los años treinta³. A partir del fracaso de la revolución del 32 se mantienen las mismas estructuras del período anterior; queda intacta la estructura económica básica de producción agrícola para el exterior, el café como primera actividad generadora de ingresos, manteniendo y reforzando el sistema de propiedad privada, con los rasgos originados en el siglo XIX. Se obstaculiza y posterga durante quince años una naciente industrialización, y se profundiza la dependencia de Estados Unidos. En vista de esas consecuencias, en el plano ideológico-político se manifiestan, a lo largo del siglo, las expresiones de los grupos subalternos en contra de las fuerzas dominantes.

A fines de los setenta, el Partido Comunista de El Salvador se vio afectado por una división interna; uno de cuyos resultados fue el desprendimiento de sectores que conformarían las Fuerzas Populares de Liberación «Farabundo Martí» (FPL). A lo largo de esa década se profundiza la crisis de estructura; empiezan a actuar las organizaciones guerrilleras, como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN). En los ochenta la situación revolucionaria se acentúa aún más.

Inscrita en ese ámbito, una línea narrativa se ocupa de retomar la crítica del sistema y ofrece un apoyo a la ideología de la insurrección. Es una novelística sensibilizada en las dimensiones trágicas de la lucha entre los distintos grupos sociales, y comprometida en tratar en toda su complejidad esos problemas.

2. La pluralidad discursiva sobre los hechos del 32

En *Cenizas de Izalco* predomina la percepción de la sociedad salvadoreña en cuanto estática, inactiva en apariencia, tal como el volcán Izalco, la vegetación, los pájaros y los agobiados personajes; pero todo ello, en el fondo, incubadora del dinamismo de un posible cambio, igual que el colibrí

3. Ver Rafael Guidos Véjar, *El ascenso del militarismo en El Salvador* (San Salvador: UCA Editores, 1980), p. 7.

y su movimiento imperceptible pero intenso, o el volcán, eventualmente poderoso en su furia eruptiva. El monótono reloj de Santa Ana también alude a ese intermitente movimiento de protesta, que rompe la quietud superficial. El «agua que arde» —indicadora del fuego de Frank, de la lava volcánica, al mismo tiempo que símbolo del rebelde ardor, de la sangre derramada en los hechos del 32— está presente en el clima húmedo, caliente y opresor, semejante a la organización económica, política y social de la nación. El espacio geopolítico de la novela es una caldera cuya energía se engendra lentamente, de modo casi imperceptible, pero segura.

La rebelión del 32 fue una de tales explosiones históricas. *Cenizas de Izalco* es un esfuerzo por mostrar casi la totalidad del proceso, al tejer vínculos entre la historia y la intrahistoria. Logra auscultar en forma prolija la vida íntima de las clases altas, y aprehender en sus rasgos más destacados la miserable vida pública de las masas indígenas. La elaboración de ese universo está condicionado por la índole de la instancia narrativa en la que converge una pluralidad de visiones hasta producir un equilibrio ideológico con algunas tendencias dominantes. El haz narrativo se concentra en la perspectiva testimonial de Frank Wolff, quien recibe las influencias de humanismo cristiano de Virgil Harrid, el punto de vista revolucionario de Eduardo Valdés, y la versión de personajes secundarios, defensores de la perspectiva de los «barones» del café. Carmen Rojas, en su papel de narradora/lectora se encarga de poner los acentos necesarios y las pistas suficientes que posibilitan las interpretaciones dominantes de la novela.

3. La evolución en la perspectiva sociopolítica de Frank Wolff

La mirada de Frank Wolff —autor del diario y las cartas que dan cuenta de su idilio con Isabel, y su experiencia testimonial de la masacre— es la del extranjero. Aparece en el escenario salvadoreño casi por azar, sufriendo conflictos psicofísicos, disponiendo de ciertos principios, pero en busca de sí mismo, de su mejor afirmación en la vida, de un mayor conocimiento y comprensión del mundo. A lo largo de la novela, su punto de vista evoluciona, se profundiza y enriquece.

Frank es el ejemplo de un norteamericano inconforme con la moral puritana de su hogar, víctima del individualismo del ambiente, y buscador

fallido en la Europa de entreguerras —«ramera» plena de tentaciones— de un sentido a la existencia. Habiendo fracasado en todos sus proyectos, alcohólico en recuperación, procura guiar su vida mediante ciertos principios filosóficos orientales.

El idealismo filosófico de Frank se halla en estrecha relación con los rasgos de su alcoholómana condición, rasgos que lo limitan al presente, le obstaculizan la esperanza en el futuro y le impiden rotundos enfrentamientos. Sin auténticos intereses, falta de plena energía para realizar actividades, vive el tiempo en cuanto largo, aburrido y monótono; y su pusilanimidad lo conduce a un auténtico vacío existencial. Por otra parte, su afinidad con la espiritualidad oriental constituye un rasgo de la contracultura estadounidense de los años sesenta y setenta, retomada en sus posibilidades críticas del utilitarismo y el guerrerismo. Se trata, pues, de un ingrediente de la ideología contemporánea, proyectado al mundo de Frank de 1932. En todo caso, son principios congruentes con la personalidad de Frank, y con entorno de entreguerras europeo.

En su condición de extranjero, y portador de esa psiquis descrita, la mirada inicial de Frank a propósito de la crisis sociopolítica salvadoreña resulta superficial y desdeñosa y, además, su apreciación de las condiciones de existencia de los indios resulta costumbrista, propia del turista. ¿Cómo se lleva a cabo, entonces, la transformación de la perspectiva de Frank? Se enfrenta a la realidad misma, y a un proceso de apertura de su conciencia provocado por dos agentes (dos personajes): su coterráneo, el misionero protestante Virgil Harrid y el hermano de Isabel, el periodista Eduardo Valdés, sobre todo, en el presente narrativo, Carmen se interesa en señalar las opiniones de su padre, el Dr. Alfonso Rojas, así como las versiones opuestas. Carmen, además, rememora a este propósito las actitudes de personajes del pasado.

3.1. La orientación civilizadora de Virgil Harrid

Virgil Harrid, antiguo compañero de estudios y vacaciones de Frank, cinco años antes había establecido en Santa Ana su misión evangelizadora y profesional: es pastor y veterinario. Harrid le da a Frank la perspectiva humanista y cristiana a la crisis salvadoreña. Se constituye en el primer guía

de Frank para el conocimiento del oscuro mundo de la miseria, la enfermedad y la muerte de los indígenas. Existe un contraste entre su trabajo como veterinario —medicinas costosas, atención constante— y el absoluto desamparo de los pobladores. En la narración de Frank aparece la identidad irónica entre la «grey» espiritual del misionero y la condición animalizante del pueblo indígena.

La presencia de Harrid en la novela, en su condición de misionero, es muy significativa. Sin violentar la historia, hubiera resultado impracticable diseñar, como personaje, a un sacerdote católico solidario con los pobres, y menos aún con el proyecto político socialista, como alternativa, en El Salvador de 1932. Frente a la agitada situación sociopolítica, la voz de la Iglesia Católica se hizo pública: el 31 de octubre de 1927 Alfonso Belloso y Sánchez, administrador apostólico de la Arquidiócesis y obispo auxiliar, publicó la pastoral «El presente momento social»⁴, en la que manifiesta que mayores males acarrearían las instituciones socialistas conforme al ideal, que las instituciones tradicionales pese a sus deficiencias, lacras y deformidades; se alaban las dichas de las que gozaba el país frente «al abismo del porvenir ilusorio». «¿No sería deshonra y pecado gravísimo —se afirma en el documento— perder tamañas ventajas en un momento de ceguera y de agitación mal dirigido o quizá encaminada traidoramente al desquiciamiento de la patria?»

Por esa época se encontraban bien establecidas las iglesias protestantes en El Salvador, de modo que, como personaje, Virgil Harrid, resulta verosímil. Su preocupación no sólo por la salud espiritual sino por el mejoramiento de la calidad de vida de los pobres es propia de la tradición protestante; y así, actúa en calidad de contrapunto del catolicismo dominante en El Salvador de aquella época. Como fieles católicos de grupos acomodados aparecen Isabel, su familia y amistades, cuya religiosidad se muestra como culpa ante el pecado individual —el adulterio, por ejemplo— o como sublimación de las pasiones reprimidas —el caso de la propia Isabel—, cuyos efectos de promoción social se reducen, en el mejor de los casos, a la caridad. La experiencia protestante de la novela no elimina lo

4. Ver Jorge Arias Gómez, *Farabundo Martí. Esbozo biográfico* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972), p. 45.

sacramental o cúltico, pero más importancia alcanza la solidaridad, la acción promotora del pueblo, la lucha contra la ignorancia y el interés por el progreso material. En el protestantismo de la novela interesan por igual la salvación del alma y del cuerpo. Mientras tanto, los personajes populares, adscritos al catolicismo, se quedan en el oscurantismo de tradiciones opresoras. El panorama religioso que presenta *Cenizas de Izalco* devela el esquema adoptado por la Iglesia Católica para evitar tomar un partido efectivo en favor de los desposeídos, y así predicar la unidad espiritual de todos los creyentes. Virgil Harrid, por el contrario, con ánimo civilizador predica una cruzada de salubridad y progreso público. Se inmiscuye en «lo temporal», hasta el punto de que, al final del relato, se inmola junto a los indígenas.

En el momento de la escritura de la novela, la Iglesia Católica Salvadoreña ya ha roto, en gran medida, las íntimas relaciones que había mantenido con las oligarquías, las satrapías militares, y se halla entonces al servicio de las mayorías populares⁵. Esto tiene su origen en la aplicación de las conclusiones del Concilio Vaticano II y, en particular, en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Medellín, en 1968. Hoy en día, la proliferación de las denominaciones protestantes ha tendido a alinear a los fieles; y ha sido el trabajo católico misionero el que ha desempeñado un decisivo papel en la organización campesina revolucionaria. La exigencia cristiana y el compromiso político se han, por así decirlo, mutuamente alimentado.

Así, el importante elemento cristiano, en cuanto catalizador de la lucha revolucionaria contemporánea, se proyecta de manera verosímil en la dinámica social de los años treinta. El humanitarismo de Harrid en pro de los desamparados no es un fenómeno improvisado; se inscribe en una corriente ideológica de principios de siglo que fue impulsada, incluso, por los grupos más avanzados del sector dirigente. Esos grupos empiezan a considerar en serio la necesidad de una democratización, ante la agudización de las contradicciones sociales. Y han sido unos miembros de la fracción burguesa del sector hegemónico quienes consiguieron instaurar

5. Ver Higinio Alas, *El Salvador: ¿Por qué la insurrección?* (San José: Editorial Martí, 1982).

una breve ruptura del poder oligárquico, en el período 1927-1932. A principios del siglo XX se empiezan a manifestar las primeras escisiones dentro de la oligarquía: tienen ocasión cambios en el bloque, y se acentúa el carácter burgués de una fracción, diferente de los grandes caficultores exportadores.

Intelectuales reformistas como Alberto Masferrer se convirtieron en los ideólogos del remozamiento, y en abanderados de la colaboración de clases. Su doctrina contenida en el «Minimum Vital» portaba ideas de la teoría económica fisiocrática; incorporaba normas morales del evangelio, y de doctrinas éticas orientales; reconocía expresamente la existencia eterna de las clases sociales, así como la prédica del conformismo y la no violencia⁶. En favor de los trabajadores, Masferrer propugnó una serie de prestaciones indispensables, que les permitieran una vida decorosa: trabajo higiénico, permanente, honrado y remunerado con justicia; habitación amplia, seca, soleada y bien aireada; agua limpia y suficiente; vestido limpio y abrigado; asistencia médica y sanitaria; justicia ágil, disponible para todos; educación primaria eficaz para formar hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes conscientes; descanso y recreo. Ese bienestar debía obtenerse persuadiendo a los poderosos, y mediante su voluntario desprendimiento. La doctrina de Masferrer pretendía ser el remedio contra la lucha de clases; se erguía tanto contra el comunismo como contra el imperialismo norteamericano. Hay que tener en cuenta que ya en 1922 el presidente Joaquín Meléndez traspasó la deuda pública salvadoreña de manos inglesas a bancos estadounidenses, señal que marca la declinación cafetalera, y el ascenso de los sectores de la burguesía, parejo con la creciente influencia de Estados Unidos. Masferrer atacó el latifundismo, y se pronunció en favor de la entrega de tierras a quienes la trabajaban. Por ello logró adeptos entre el proletariado y el semiproletariado agrícola. Sin embargo, el golpe de estado de noviembre de 1931, que desplaza del poder a Arturo Araujo, muestra la incapacidad histórica del nuevo representante para mantener cohesionado aquel bloque político emergente⁷. Todo ello implica el desmoronamiento total del proyecto burgués, y da como resultado la

6. Ver Arias Gómez.

7. Ver Guidos Véjar.

recomposición del anterior grupo oligárquico anterior a 1927, y su consecuente restablecimiento de aquel sistema de dominación. Por estas razones, en la metáfora de *Cenizas de Izalco*, en tanto conciencia progresista y misericordiosa con el pueblo, a Virgil Harrid no le queda otro remedio que inmolarse. En la realidad no hubo otra salida histórica posible.

3.2. *La opción revolucionaria de Eduardo Valdés*

En la evolución de la perspectiva de Frank Wolff, fundamental en la novela que estudiamos, existe otro agente desbloqueador de su conciencia: Eduardo Valdés, el hermano de Isabel. Su figura, como periodista político, resume la gran actividad de esa forma de comunicación masiva en la divulgación de las propuestas ordenadoras.

En esa época llegaron a funcionar en El Salvador numerosos periódicos que representaban diversos intereses. *La Reforma*, por ejemplo, de Santa Ana, dirigido por Alberto Masferrer, en pro del presidente Araujo y la dinastía Meléndez Quiñónez. Durante su período en el poder (1911-1913) Araujo impulsó la agricultura; contrario al endeudamiento público con los bancos norteamericanos, permitió las agrupaciones sindicales de artesanos; aprobó medidas de carácter popular, como la indemnización por accidentes de trabajo. Sin embargo, también tomó medidas represivas, como el establecimiento del servicio militar obligatorio, la academia militar y la Guardia Nacional.

Masferrer también dirigió periódicos como *Actualidades*, *Los Obreros Unidos* y *Patria*: éste daba una visión de conjunto del ideario burgués, y funcionaba como una conciencia nacional en busca de la industrialización, la ampliación del mercado interno, la reforma agraria, la diversificación agrícola, la nacionalización de los recursos naturales, y una posición antinorteamericana.

En esos mismos años fueron también especialmente destacados otros periódicos como *La Epoca*, de los aseguradores; *El Martillo*, de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), conocida como la Regional; la *Revista de Agricultura Tropical*, de los agricultores no cafetaleros; *El Foro*, de los estudiantes universitarios; *Acción Obrera* y *El*

Pueblo, voceros de los artesanos; *Unión Obrera Salvadoreña*, de los obreros; y los diarios gubernamentales *Diario de El Salvador* y *Diario Oficial*⁸.

En la ficción novelesca, Valdés pretende encaminar las opiniones de los lectores santanecos por la vía revolucionaria. Explica a Frank el poder de los «barones» del café, y defiende el derecho popular a la justicia.

Para comprender la relexicalización del término los *barones del café* hagamos un recuento, aunque breve, del origen y características de la élite, que se encarnan en *Cenizas de Izalco* en un personaje como don Jaime. La acumulación originaria de los «barones» del café empezó a mediados del siglo pasado. En 1840 tienen ocasión las primeras pruebas para comercializar la fabricación del grano; hacia 1850 el cultivo se expande al occidente, la zona más apta para la producción masiva. En ese estado de cosas, el crédito se orientó a favorecer la actividad cafetalera y la compra de más tierras. En la década de 1860 se inicia la producción a gran escala bajo la dirección de Gerardo Barrios⁹. La economía de cultivos diversificados fue sustituida en forma paulatina por la economía de monocultivo, dependiente del financiamiento, la comercialización a cargo de ingleses y alemanes. La hacienda anterior, la de añil, también cultivaba productos destinados al mercado interno, además del pastoreo de ganado; tenían colonos permanentes, quienes pagaban con trabajo una parcela de subsistencia. La mano de obra temporal masiva era aportada por la población indígena, aunque también ellos tenían sus tierras comunales con cultivos de subsistencia y añil. Esta situación les permitía tener vínculos familiares, culturales y económicos. Además, existían los aparceros y los ladinos (mestizos), que alquilaban tierras a los hacendados y pagaban una renta en especie. La Iglesia Católica, también se constituyó en terrateniente, mediante las cofradías, que eran asociaciones católicas indígenas, dedicadas a la adoración de la Trinidad o de un santo, con ritos y costumbres paganas y católicas.

8. Ver Carlos R. Cabarrús, «El Salvador: De movimiento campesino a revolución popular» en Daniel Camacho y Rafael Menjívar, eds. *Movimientos populares en Centroamérica* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1985), p. 346.

9. Ver Thomas R. Anderson, *El Salvador: Los sucesos políticos de 1932* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982).

Desde la entronización liberal en el gobierno, en la década de 1870, las tierras comunales de los indígenas empezaron a ser expropiadas para el cultivo del café. Los liberales generaron relaciones de producción capitalistas, que conformarían el Estado Nacional; planearon un desarrollo agrícola, que suponía la propiedad individual de la tierra en manos de los cafetaleros, y una abundante fuerza de trabajo, suplida por los indígenas desplazados, para la cosecha. El 26 de febrero de 1881 se decretó la primera ley abolicionista de las tierras comunales y ejidales¹⁰. Así, con el café se creó una clase de potentados —los *barones*— formada por un reducido grupo, cuya riqueza no era sólo la tierra, sino las divisas recibidas por la venta del café en el mercado exterior.

Los descendientes de las poderosas familias cafetaleras tendían a vincularse por matrimonio con extranjeros; se educaban en Europa, y con el tiempo se convirtieron casi en una nueva raza, distinta del resto de la nación salvadoreña, tanto en lo que se refiere a sus costumbres y valores, como al color de la piel y otros rasgos físicos; y eso la transformó en una «clase superior cosmopolita»¹¹.

En la reelaboración literaria del período 1930-1950 que tiene lugar con *Cenizas de Izalco* se observa que tanto el núcleo cafetalero como «las buenas familias», ejemplificadas en la familia Rojas Valdés y su círculo social, comparten mucho material ideológico. Se trata de terratenientes prósperos, pero no grandes caficultores; son profesionales en medicina, derecho, economía, ingeniería, ciencia; y muchos de sus miembros se inclinaban a una vida parasitaria y derrochadora. Dentro del grupo, las mujeres jóvenes tenían un papel puramente decorativo: junto a las mayores, se entretenían en una habladería despiadada. En el relato, Isabel y su hija Carmen (buenas lectoras, y de una cultura refinada) resultan ser productos excepcionales de la educación liberal. Los jóvenes señoritos y los señores pasaban la mayor parte de su tiempo bebiendo, jugando a las cartas o al dominó, acompañados de sus amantes —generalmente de una clase social inferior—, y en el caso de los señoritos, a la espera de la muerte de sus padres

10. Ver Guidos Véjar, p. 51.

11. Ver Anderson.

para heredar las propiedades familiares. Y en aquellos casos en que desearan estudiar o trabajar con ahínco, la tradición se convertía en un obstáculo insalvable. Este tipo de preocupaciones embargan a Isabel en tanto madre, y la llevan a pensar en la salud de sus hijos de Santa Ana, pues teme que la influencia de aquella sociedad, limitante respecto de las muchachas, y permisiva para los varones, lleve a la destrucción de su descendencia.

La obra muestra que el alcoholismo, en el caso de los varones, y la opresión, en el caso de las mujeres, son prácticas usuales en sociedades desarrolladas, como la francesa o la estadounidense, sitios donde Frank y los hijos de Isabel tendrán esas experiencias habitualmente, y permanecerán atrapados en ellas. Puesto que Isabel carece de información directa sobre otras culturas, llega a conclusiones erróneas.

Pese a las coincidencias ideológicas del bloque dirigente, sus intereses se bifurcan. En *Cenizas de Izalco* la escisión se manifiesta en la conducta revolucionaria de Eduardo Valdés, colaborador de Farabundo Martí y del Dr. Rojas, eterno conspirador contra la tiranía somocista en Nicaragua, su patria de origen. No se desarrolla el problema nicaragüense, sino que éste funciona tan sólo como elemento sociopolítico complementario, y como rasgo caracterizador del personaje. Eduardo es partidario de Araujo, a quien apoyan los grupos populares rurales y urbanos. La posición de Araujo, que incluía la atención a la demanda campesina de tierras, tocó la base del sistema, y pronto marcó el final de su administración. En el gobierno anterior (el de Romero Bosque, 1927-1931) se habían creado las bases para el surgimiento de clases auxiliares, como las relacionadas con actividades productivas urbanas y el surgimiento de grupos promotores de una incipiente industrialización, para lo cual se trató de normar las relaciones entre el capital y el trabajo. Romero Bosque había continuado la línea de diversificación productiva, que en un estilo dictatorial llevaba Meléndez Quiñónez (1923-1926); acentuó el carácter intervencionista del estado en la economía y los conflictos sociales; procuró concesiones a los obreros y artesanos. Cerca del fin de su período Romero Bosque decidió romper con el continuismo oficial: convocó a elecciones democráticas, que ganó Araujo en 1931, y durante nueve meses ejerció el poder.

Araujo asumió el poder en medio de la gran crisis económica del

capitalismo, cuyos efectos se sintieron en El Salvador a partir del segundo semestre de 1929: el valor de las exportaciones de café, entre 1926 y 1930 disminuyó en más del 50% (de ¢ 46.721,355 a ¢ 23.914,481); el precio por quintal de café descendió de ¢ 42,45 a ¢ 18,76¹². Si se tiene en cuenta que en 1930 el café representó el 88,11% del volumen de las exportaciones, y en 1931 el 94,09%, puede notarse el catastrófico estado en el que se vio la economía del país.

Por otra parte, las rentas de la aduana, fuente de ingresos fiscales, se hallaban intervenidas desde el 24 de junio de 1922 por el impuesto norteamericano, con el que se cobraban las deudas contraídas por el estado salvadoreño con prestamistas norteamericanos. Llegó a funcionar, incluso, una oficina interventora, cuyo encargado le permitía al Estado salvadoreño sólo la utilización del 30% de los impuestos recaudados. A la sazón, en El Salvador funcionaban tres bancos privados, que obtenían jugosas ganancias como intermediarios de los empréstitos interiores y exteriores.

En *Cenizas de Izalco* Eduardo Valdés adopta el discurso censorador de la oligarquía cafetalera que, afectada por la crisis, sometía a las masas campesinas a una tremenda explotación. El salario agrícola era de veinte céntimos diarios por jornadas de ocho horas en agotadoras labores. Se pagaba con fichas válidas sólo en las «tiendas de raya» (de las fincas). Ningún trabajador moroso podía dejar de trabajar o marcharse; y si fallecía en condición insolvente, sus hijos heredarían las deudas. Los colonos, que vivían en calidad de semiservos, llegaban a pagar incluso por el agua. El recuerdo en el pueblo indígena de que sus ancestros habían sido propietarios de tierras comunales estimuló el surgimiento de la protesta. Y Araujo, asediado por la oligarquía, por las reivindicaciones populares, por la inconformidad militar a propósito de las pocas prebendas que recibían de un gobierno civil, terminó cayendo del poder el 2 de diciembre de 1931.

En *Cenizas de Izalco* Valdés pone a Frank Wolff con Farabundo Martí, que en la realidad histórica se constituye en el personaje central de la lucha popular, y para la clase obrera organizada, dirigida por el Partido

12. Ver Arias Gómez.

Comunista y la Federación Regional de Trabajadores. A diferencia del discurso oficial, la novela no destaca la filiación política de Martí, ni su activo papel instigador del levantamiento en el seno de aquellas organizaciones. La novela señala que la raíz de los hechos del 32 es la opresión flagrante a la población indígena. En cuanto a la personalidad de Farabundo Martí, el relato la despoja de toda peligrosidad estereotipada; se le presenta como un sencillo campesino, de altas miras, honrado, valiente y trabajador. De un tratamiento similar son objeto Manuel Zapata y Alfonso Luna, estudiantes radicalizados de clase media, compañeros de Martí hasta en la muerte, y de quienes el fenotexto pone de relieve su extrema juventud y su enamorado corazón.

Tal es la perspectiva rectora sobre Farabundo Martí. No obstante, la novela enriquece su elaboración de la realidad con versiones que se inscriben en la ideología más conservadora de las clases altas. Los personajes que denigran a las figuras de Martí, Luna o Zapata —personajes que desde la perspectiva predominante del relato son verdaderos mártires— son mostrados, por esa misma instancia narrativa, como ignorantes, desalmados y grotescos. Por su lado, los personajes que demuestran una mejor comprensión y simpatía con la lucha revolucionaria son percibidos con respeto, aunque presentados sin maniqueísmo alguno, con sus flaquezas respectivas. De este modo, *Cenizas de Izalco* apela a un destinatario burgués, atemorizado por la leyenda temible forjada por la oligarquía alrededor de Martí y los rebeldes. El fenotexto intenta la neutralización de esta ideología anticomunista y aterradora; diseña la admirable urdimbre humana de Martí. Pone a un lado la mayor parte del material biográfico y la función histórica clave. Muy sutilmente, alude al trabajo organizativo de Martí entre el pueblo, y lo absuelve de toda responsabilidad en el fracaso de la revuelta.

En la realidad histórica, Farabundo Martí, nacido en 1893, hijo de un mediano terrateniente de la zona costera (Teotepeque, La Libertad), inició hacia 1925 trece años de actividad revolucionaria, que concluyeron con su fusilamiento a manos de un piquete militar del dictador Hernández Martínez. Colaboró con la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), fundada en 1924, que cumplió una función principalísima en la organización del movimiento sindical campesino urbano. La FRTS se

vinculó al movimiento obrero internacional, que le permitió mejorar sus estrategias; y obtuvo importantes logros tales como el planeamiento del reparto de tierras estatales entre los campesinos, la jornada de ocho horas para los obreros de la ciudad, y la creación de la Universidad Popular. *Cenizas de Izalco* se refiere a la intensa labor realizada por aquella Universidad. Por ejemplo, como parte de los recuerdos escolares de Carmen, la novela alude al maestro Francisco Luarca, personalidad histórica como profesor de gramática, aritmética y temas sociales, en la Universidad Popular y en otras instituciones de enseñanza.

La intensa lucha de masas a la que se integró Farabundo Martí —conforme a la realidad histórica, y en la ficción también Eduardo Valdés— estuvo atizada por muchos folletos, revistas y libros que ponían al movimiento sindical salvadoreño al tanto de las diversas corrientes ideológicas de la época: el reformismo de la II Internacional (Amsterdam), el anarcosindicalismo de españoles, franceses e hispanoamericanos, el sindicalismo estadounidense, y los movimientos revolucionarios procedentes tanto de México como de Rusia.

Cenizas de Izalco pudo optar por la continuación de su esquema vertebrador metafórico en el «agua que arde» con el propósito de mostrar una figura de Martí, tal como lo han hecho estudiosos de la vida del joven; pero la obra lo dibuja como un campesino, interesado en el desarrollo científico de la cría de pollos. Esta labor de Martí es coherente, desde el punto de vista narrativo, si se tiene en cuenta que existía la urgente necesidad de autoabastecimiento del pueblo salvadoreño, que según el testimonio histórico y la reelaboración literaria, moría de hambre.

Farabundo Martí despertó la simpatía del Dr. Rojas, el luchador antisomocista, ya que aquél había tomado parte en acciones armadas en la propia Nicaragua, hacia 1928, y llegó incluso a ser el secretario de confianza de Sandino, como parte de la labor de apoyo de la Regional al patriota nicaragüense. Martí ayudó al desarrollo de las relaciones internacionales del movimiento, pero se alejó de Sandino al fracasar su intento de acercarlo a la filosofía comunista. Sandino —masón, teósofo y partidario del idealismo filosófico— consideraba el amor como la fuerza primera de la historia, y confiaba en el plan creador de Dios, que incluirá la sobrevivencia del espíritu

y la existencia de un destino prefijado en cada ser humano. Además de esas actividades, Martí fue dirigente del Socorro Rojo Internacional (SRI), secretariado del Caribe, con sede en Moscú y asiento en New York, organización dedicada a conseguir la libertad de presos políticos, proporcionar ayuda a sus familiares y luchar por la derogatoria de las normas jurídicas que lesionaban a los trabajadores. Martí formó parte del Partido Comunista de El Salvador (PCS), fundado en marzo de 1930, como sección de la Internacional Comunista, y como consecuencia de la gran ola de movimientos de masas urbanas y rurales que agitaban al país durante los años 1923 y 1924. El PCS procuraba ser la vanguardia de los explotados y el conductor de las fuerzas motrices revolucionarias. Los dirigentes de los movimientos populares, así como fuertes sectores del pueblo, se persuadieron en forma directa de que la respuesta a sus demandas era la violencia, organizada por la oligarquía y llevada a cabo por su brazo armado: el ejército y otros cuerpos represivos. Ya no bastaba con la práctica de una lucha económica, ineficiente por su dependencia del sistema capitalista internacional y por la subsistencia de prácticas como el colonato en el agro salvadoreño. El PCS fue integrado por obreros agrícolas, masas urbanas compuestas por medianos y pequeños artesanos, el proletariado, formado por los obreros de las pocas fábricas textiles y por los trabajadores del transporte.

3.3. *La experiencia testimonial de Frank Wolff*

En la evolución política de Wolff es muy significativa su condición de testigo presencial de la violencia popular y de la masacre del ejército en Izalco. Su versión contrasta con el testimonio de otros en relación con aquellos hechos. El fenotexto favorece la imagen positiva del levantamiento, y censura uno de los mayores crímenes colectivos de Latinoamérica.

La historia registra varias interpretaciones de aquellos hechos del 32. Uno de los discursos, por ejemplo, absolutiza la importancia del Partido Comunista de El Salvador, considerado como el factor fundamental de la revuelta, y justifica la acción represiva del gobierno en defensa de la democracia; tal es la versión de los sectores más conservadores, que defienden sus privilegios cafetaleros. Se trata de un discurso que pone de relieve la colaboración de extranjeros —como el secretario de la Juventud Comunista de México, Fernández Araya— que participaron en la extensión

del agro del frente sindical y revolucionario. Se hace hincapié en la violencia de los campesinos, quienes armados de machetes segaron la vida de hacendados y cafetaleros, malvados o inocentes. En *Cenizas de Izalco* esta versión tiene voceros; es el caso de Celia, quien llega a defender el genocidio ordenado por la dictadura, el ejército y la llamada Guardia Cívica. Esta, dicho sea de paso, fue una organización formada por los hijos de terratenientes, apoyada por las capas medias y urbanas, que asesinaron a campesinos, obreros y estudiantes, no sólo durante la revuelta, sino posteriormente, con frecuencia impulsados por venganzas personales.

Pero hay otro discurso sobre los hechos de 1932: el que pretende culpar al Partido Comunista Salvadoreño de haber conducido a las masas a una suerte de suicidio colectivo; los responsabiliza de los muertos y del fracaso. Aunque esta perspectiva en cierto sentido complementa la ideología de la oligarquía, también constituye un ingrediente de los discursos de izquierda, que se oponían a la estrategia del PCS. Es un discurso que el espontaneísmo —rasgo principal de la insurrección—, la ineficacia en la dirección política y la errática orientación de las masas fueron factores que el partido no pudo controlar. Los rápidos acontecimientos llevaron al Comité Central a cumplir con el deber revolucionario de no abandonar al pueblo en su lucha, pero no se reparó en los cruentos resultados que ello conllevaría.

Existe, además, un tercer discurso, que contempla los hechos del 32 como un plan preconcebido del dictador Hernández Martínez para desesperar a las masas (mediante el fraude electoral, por ejemplo), empujarlas a una lucha armada sin posibilidades de éxito frente a un ejército disciplinado y moderno. *Cenizas de Izalco* no acoge esta posición, en la que se privilegia la acción individual del dictador. La novela, por el contrario, presenta un diseño narrativo según el cual la sociedad, con su organización económica y sus formaciones superestructurales, es la que actúa como el sujeto histórico de la rebelión.

Otro de los debates gira en torno a la cuantía de muertos y a la crueldad de los procedimientos policiales. Hay quienes sostienen que la revuelta fue aplastada en tres días y dejó un saldo calculado en algunos casos en cuatro

mil¹³, otros en diez mil, y otros hasta en treinta mil campesinos fusilados¹⁴. Por su parte, el jefe de operaciones de la zona occidental del país, José Tomás Calderón, que se menciona expresamente en la novela, comunicó en un telegrama a los barcos de guerra «Vancouver», «Skeena» y «Rochester» (los dos primeros ingleses, el tercero estadounidense) que ya había «4.800 bolcheviques liquidados», y que «se llegará a la completa exterminación»¹⁵.

En efecto, en los días posteriores a la rebelión se completó la masacre, a cuya magnitud e incomparable crueldad se refiere con claridad *Cenizas de Izalco*. El testimonio escalofriante que Wolff le comunica a Isabel en su última carta, tiene precisa correspondencia con un texto histórico. La matanza de Izalco ha quedado registrada así en los anales:

«En los alrededores de Izalco empezó una redada de sospechosos... Para facilitar la tarea, se invitó a todos aquellos que no habían participado en la insurrección a que se presentaran a la comandancia para obtener salvoconductos. Cuando llegaron fueron examinados, y los que presentaban las características arriba mencionadas, fueron apresados. Les ataron los dedos pulgares por la espalda, según la costumbre salvadoreña, fueron llevados en grupos de 50 al muro posterior de la iglesia de la Asunción en Izalco y allí fueron abatidos por los pelotones de fusilamiento. En la plaza frente a la comandancia, otras víctimas selectas fueron obligadas a cavar una tumba común, y luego, según un testimonio, fueron exterminados por el fuego de las ametralladoras montadas sobre los camiones. En ocasiones las mujeres y los niños que se negaban a abandonar a sus padres, esposos o hermanos también eran asesinados»¹⁶.

En su reelaboración estética, lo que resalta *Cenizas de Izalco* a propósito de los hechos es la firme determinación, la claridad de miras y el

13. Vicente Sáenz, *Rompiendo cadenas* (México: CIADE, 1933).

14. Arias Gómez, p. 144.

15. Anderson, p. 202.

16. Anderson, p. 195.

heroico valor de los indígenas en cuanto personajes colectivos. Y esos rasgos les devuelven su dignidad. Precisamente, la actitud esperanzadora y la capacidad de los indígenas, aún en el momento de su muerte, impactan la existencia individual de Frank Wolff, quien ahora está muy lejos de aquella inicial superficialidad política que demostraba en una primera etapa; ahora hay una dolorida simpatía con la situación del pueblo.

Según todo lo visto, las líneas dominantes de *Cenizas de Izalco* acogen las versiones más avanzadas en torno a la rebelión de 1932. Así, se consigue la elaboración de una obra capaz de permear la conciencia del lector burgués mediante un nuevo discurso antioficial y comprometido, que no cae, sin embargo, en rígidas posiciones de izquierda.

El interés por novelar la historia ya había tenido ocasión en una novela anterior de Claribel Alegría: *Album familiar*¹⁷, pero con un tratamiento menos profundo. En esa obra se exhibe una actitud comprometida con el oprimido, y un apoyo a las causas libertarias, pero desde una perspectiva distanciada del testimonio de los grandes hechos históricos. El respaldo a la revolución del movimiento sandinista se lleva a cabo desde diversos ángulos: la perspectiva radical de Armando, fundamentada en el materialismo histórico; o el punto de vista de Ximena, quien percibe la revolución como una vía hacia una democracia acorde con el modelo occidental y pluripartidista, respetuosa de la propiedad privada e instauradora de reivindicaciones populares; y esa es la interpretación que predomina en la novela. *Album familiar* coincide con el hecho histórico central recreado en la organización novelesca: la toma del Palacio Nacional, en la que se destaca Edén Pastora, cuya posición no es socialista internacionalista, sino coincidente con el nacionalismo liberal de Sandino. Y en *El Detén*¹⁸ el enfoque intimista es absoluto; no interesan los anclajes históricos según lo descrito en el presente estudio. Existen algunos indicios, muy someros, del ambiente estadounidense contemporáneo (los años setenta), tales como las ocasionales menciones a personajes de programas infantiles de televisión en inglés, o de rimas (también en inglés), así como algunas leves señales a propósito de los conflictos de clase en Guatemala.

17. Claribel Alegría, *Album familiar* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982).

18. Claribel Alegría, *El Detén* (Barcelona: Lumen, 1987).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alas, Higinio. *El Salvador: ¿Por qué la insurrección?* San José: Editorial Martí, 1982.
- Alegría, Claribel. *Album familiar*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982.
- _____. *El Detén*. Barcelona: Lumen, 1987.
- _____, y Darwin J. Flakoll. *Cenizas de Izalco*. San Salvador: UCA Editores, 1987.
- Anderson, Thomas R. *El Salvador: Los sucesos políticos de 1932*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982.
- Arias Gómez, Jorge. *Farabundo Martí: Esbozo biográfico*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1972.
- Cabarrús, Carlos R. «El Salvador: De movimiento campesino a revolución popular» en Daniel Camacho y Rafael Menjívar, eds. *Movimientos populares en Centroamérica*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1985, pp. 350-361.
- Cros, Edmond. *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Gredos, 1986.
- Guidos Véjar, Rafael. *El ascenso del militarismo en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1980.
- Sáenz, Vicente. *Rompiendo cadenas*. México: CIADE, 1933.